

### CAPITULO XIII.

Proceder de Felipe V despues de su regreso.—Rivalidades palaciegas.—Triunfo de la princesa de los Ursinos.

Caida de Portocarrero.—Estado de la guerra.

CONSAGRÓSE Felipe V, desde el primer momento, á despachar por sí los negocios de gobierno, sin dar entrada en el despacho á ningún consejero, por no suscitar rivalidades entre ellos, cuya conducta causó novedad y extrañeza, particularmente al cardenal Portocarrero que, «sin embargo,» siguió prodigando empleos á los suyos. Tenía en su casa el Cardenal una junta de la que formaban parte D. Juan Antonio de Urraca, canónigo de Toledo; el vicario de Madrid D. Alonso Portillo, y otros varios eclesiásticos y letrados que, aunque versados en materias canónicas y jurídicas, no entendían de hacienda, guerra y gobernacion de los Estados.

La princesa de los Ursinos, favorita de la Reina, influyó de tal manera en los negocios políticos, que no podía decirse que habían cesado las influencias de los reinados anteriores, pues de tal manera la ejerció esta Princesa, que en su correspondencia escrita llamaba á aquel período de su privanza *mi ministerio*.

El cardenal Estrées, enviado por Luis XIV más para gobernar que para dar consejos, presuntuoso de su mérito, colocó á la de los Ursinos en una posicion que el Cardenal no pudo ménos de mostrarse resentido del influjo de ésta, del embajador, de su sobrino el abate de Estrées, de Louville y de su confesor el jesuita Daubenton.

Felipe, como toda persona débil, concebía recelos en cuanto descubría en alguien la pretension de dominarle, y el Cardenal á su vez creía ser un personaje harto considerable para disimular una mision que, á su modo de ver, era la única que podía explicar su presencia en España; así, decidido á no admitir intermediarios entre él y Felipe V, manifestó hacia la Reina una desconfianza tanto más ofensiva para la camarera mayor, en cuánto que ella era la verdadera causa.

El Cardenal con ostentosa afectacion pretendía diariamente hablar al Rey sin dilacion y sin testigos.

Resentido Felipe, tomó entónces el partido de no dar audiencia sino en la cámara de la Reina, donde el embajador no podía penetrar sino pidiendo venia de antemano. El Cardenal, viendo que algunas veces se le negaba la entrada, dijo que llevaria á palacio su fe de bautismo para darse á conocer, y este descontento por una parte y esta aspereza por otra, no tardó en degenerar en abierta hostilidad.

Recepciones solemnes, conferencias á altas horas de la noche, todo se agotó para dar al traste con la salud de un anciano de carácter violento, que en sus comunicaciones á Versalles prorumpía en tales quejas que podían muy bien llamarse insultos á la majestad real.

Toda la corte tomó en breve partido en esta lucha entablada por la de los Ursinos. El Cardenal y su sobrino eran cada día víctimas de nuevas mortificaciones, y cada correo de Madrid llevaba á Luis XIV repetidas pruebas de una anarquía que podía poner en peligro la existencia de la dinastía. Nunca hubo rivalidades más impertinentes ni más implacables.

Los recursos del ingenio que la de los Ursinos ponía en juego por hacer alarde de su superioridad, le atrajo la enemistad de Portocarrero, Arias y el marques de Ribas, antiguos ministros.

Quejóse el Cardenal de la etiqueta que impedía cierta familiaridad en la cámara del Rey; quejas que ofendían á los mismos monarcas, pero que en cambio tuvieron acogida en la corte de Versalles; de tal manera, que Luis XIV recomendó al cardenal frances mucha prudencia y que se sujetase á la etiqueta establecida; y á su nieto, el Rey, le escribió al propio tiempo recomendándole que no tomase medida alguna sin ponerse de acuerdo con el cardenal Estrées, el hombre de más talento y más versado en los negocios, y que por eso se lo había enviado. «Escoged, le decía al rey Felipe, entre la continuacion de mi apoyo y los consejos de los que os quieren perder. Si elegís lo primero, vuelva Portocarrero á tomar asiento en el despacho; si lo segundo, me ha de doler mucho vuestra ruina, que considero cercana, etc.»

Contestóle el rey Felipe, y tambien la Reina, con más fuerza de sentimiento aún.

Haciale presente á Luis XIV que el cardenal Estrées no había escrito una palabra que no fuese contraria á la verdad, y añadía que tampoco tenía derecho el cardenal embajador para atacar á la princesa de los Ursinos, «cuyos consejos, buen juicio y comportamiento me han sido siempre de grande utilidad.» Concluía diciendo al monarca frances: «Si me quitáis á la princesa de los Ursinos, recibiría este golpe viniendo sólo de vuestra mano sin quejarme; pero cuando pienso que es el fruto de los artificios del Cardenal y del abate, «su sobrino,» me desespero; ruegos me los quitéis de la vista, pues los miro como mis más crueles enemigos.»

La misma princesa de los Ursinos le escribió tambien, justificándose y haciendo la apología de sus reyes y señores, pidiendo á la vez permiso para retirarse, proposicion que aceptó inmediatamente el frances.

La separacion de la camarera mayor apesadumbró al Rey y á la Reina.

Desvanecido con su triunfo el embajador, pretendió derribar al

ministro Orry; intrigó con el confesor jesuita para introducir la discordia entre los regios consortes, y puso á los jóvenes soberanos en el caso de tomar una actitud tan firme, que obligó á Luis XIV á acceder á que la de los Ursinos continuara á su lado.

Esta señora, con su talento, aprovechando aquel acto de debilidad del monarca frances, se empeñó en retirarse mientras no recibiese orden del mismo Luis en contrario.

Manejóse la de los Ursinos con tal destreza, que el antiguo monarca de Francia se vió forzado á pedirle que continuara prestando sus valiosos servicios á sus nietos. Este triunfo de la camarera produjo un cambio radical en el consejo de gobierno.

Los dos cardenales, que representaban las dos más poderosas influencias de Francia y de España, cedieron á la mayor habilidad de la favorita de la Reina, y se retiraron del poder.

A ejemplo de los dos purpurados, el presidente de Castilla, Arias, se retiró tambien á su arzobispado de Sevilla, y fué sustituido por el conde de Montellano, mayordomo mayor y hombre de la confianza de la Princesa.

El nuevo embajador frances, abate de Estrées, sobrino, como hemos dicho, del anterior, no se condujo con más lealtad que el tío cerca de la Princesa, á quien debía su elevacion.

Adulador y servil con ella, mientras de público la ensalzaba, en sus cartas confidenciales á la corte de Versalles la designaba como usurpadora de la autoridad real, y la ponía en ridiculo por sus galanterías y su supuesto casamiento con Douvingy.

Interceptadas estas cartas por arte de la Princesa, obrando con el resentimiento de una mujer orgullosa, herida en lo más hondo de su corazon, puso aquellas indignidades en conocimiento del monarca frances, el cual, perplejo con tan interminable disputa y chismes, no sabía qué partido tomar. Por fin la tormenta estalló sobre Louville, y el P. Daubenton se salvó merced á la bondad de Felipe y á la mediacion de su compañero de hábito, el padre La-Chaise, para con el rey Luis.

Apazcóse para más adelante la relevacion del embajador abate y la separacion de la princesa de los Ursinos.

En medio de estas intrigas cortesanas, el rey Felipe no descuidaba la manera de afianzar su trono, combatido y amenazado por tantos enemigos. Dedicóse, sin levantar mano, en primer lugar á reformar el ejército, poniéndolo sobre el pié que ya tenía el de Francia; varió las ordenanzas, los grados, y hasta los nombres de los jefes que, con pocas modificaciones, conservan hoy día.

Dió á la infantería el fusil con bayoneta, sustituyó la espada corta á la larga, y creó regimientos de caballería y de dragones, que habían de servir para pelear á pié y á caballo; instituyó las compañías de carabineros y granaderos y abolió para el ejército el incómodo traje de golilla, que dejó para los ministros, consejeros y reyes.

Dispuso levas por toda España para acudir á la defensa de las fronteras, pues temía fuesen pronto acometidas. En medio del abatimiento general y del empobrecimiento en que había quedado la nacion, acudieron las provincias con cuantiosos donativos para el mantenimiento de las tropas; algunas levantando á su costa tercios y regimientos enteros.

En poco tiempo pudo de esta manera poner en las fronteras de Portugal veintiocho mil infantes y diez mil caballos.

No era ménos su solicitud para subvenir á la organizacion de la administracion en general, nombrando vireyes, gobernadores y jefes de más crédito y reputacion, y destinándolos á los puntos en que podían ser más útiles. Fomentó y aumentó del mismo modo las fuerzas de mar, para lo cual le sirvió mucho la capacidad rentística del ministro de hacienda Orry.

Necesarias eran todas estas medidas, pues ademas de que nuestras posesiones trasatlánticas se veían asediadas por escuadras inglesas y holandesas, que nos disputaban el dominio del Nuevo Mundo, los reyes de Marruecos y de Mequinez asediaban nuestras plazas de Ceuta y Oran, y hasta la Península se veía amenazada de una invasion de los confederados.

El rey de Portugal entró en esta confederacion, no obstante el tratado de paz que tenía hecho con el frances.

En vano el clero portugues hizo presente á su Monarca los inconvenientes que traería á su reino la liga con Alemania, Inglaterra y Holanda.

El emperador Leopoldo, aconsejado por el almirante de Castilla, cedió sus derechos á la corona de España á su hijo, el archiduque Carlos, que partió inmediatamente con direccion á Lisboa.

El rey de Portugal le recibió como al soberano legitimo de España, con el nombre de Carlos III.

Dió á pocos días un manifiesto, ofreciendo libertad á España, y concediendo una amnistía general á todos los que á su entrada en territorio español, «con plazo de treinta días,» abandonasen la causa de los Borbones.

Felipe á su vez dió tambien su manifiesto, demostrando que los pretendidos derechos del austriaco eran nulos, y patentizando la desleal conducta del monarca portugues.



J. SERRA. Lp.

Lp. VIDAL, OLMO, 27

BATALLA DE VERCELLI.

## CAPITULO XIV.

Toma de Vercelli.—Guerra de Portugal.—Sale el Rey á campaña.—Triunfos de los españoles.—Regreso del Rey á Madrid.

ENTRE TANTO las pocas fuerzas que quedaban en Italia del ejército español no dejaron de adquirir nuevas victorias. Apoderáronse de Vercelli en julio de 1703, despues de dos años de bloqueo, haciendo mil prisioneros y sesenta piezas de artillería, dejando de este modo libre la navegacion del Po. El duque de Vendome, sabiendo que el de Saboya habia hecho liga con los alemanes y andaban en dobles tratos, tuvo que desarmar las tropas piamentesas, y tomando la ciudad de Asti, llegó hasta las puertas de Turin, mientras que el mariscal Tessé, con tropas del Delfinado, invadía la Saboya y se apoderaba de Chambéry.

En los Países-Bajos limitáronse ingleses y holandeses á poner cerco con un fuerte ejército á la plaza de Amberes; pero acudiendo españoles y franceses á las órdenes del marques de Bedmar y del mariscal de Boullers, alcanzaron sobre ellos un señalado triunfo en junio, cuyo suceso hizo á ambos ejércitos permanecer á la expectativa.

Llegó en esto el almirante de Castilla á Lisboa, y su llegada dió á la contienda dimensiones colosales. El archiduque Carlos, á quien su padre y su hermano transfirieron sus derechos á la corona de España, habia llegado á Portugal, segun dijimos en el anterior capitulo, y el rey D. Pedro se declaró en favor de la liga, á pesar de los tratados en contrario que tenia celebrados con Luis XIV y Felipe V.

Concedió Carlos una amnistía general á cuantos volvieran á su deber durante los treinta días siguientes á su entrada en territorio español, y volvía á insistir con doble empeño en los derechos que al trono de España tenia.

Al propio tiempo, y para sincerar en cierto modo su proceder, publicó tambien el rey de Portugal una especie de explicacion de su conducta, disculpándola primero con los derechos del Archiduque, que ya habia tomado el título de Carlos III, y encarecía igualmente su ardiente deseo de restablecer la libertad de la nacion española, amenazada por el gobierno de la casa de Borbon.

Hecho esto, se reunió un consejo de guerra, al que asistieron, ademas de los jefes de la escuadra, el rey y la reina de Portugal y sus ministros, el archiduque Carlos, el principe del Brasil, el principe de Lichtenstein, el principe de Darmstadt, el almirante de Castilla y el conde de Corzana.

Tratóse en él del plan de operaciones, y á causa del almirante castellano, que representó el enojo que en su nacion causaría cualquiera conquista de sus posesiones, los ingleses abandonaron por el momento el proyecto de apoderarse de las colonias españolas de la India.

Varios fueron los dictámenes emitidos para el mejor éxito de la guerra: querían unos socorrer á los calvinistas franceses; el principe de Darmstadt opinaba por desembarcar en Cataluña, el almirante Enriquez de Cabrera por atacar resueltamente á Andalucía y fijar la corte en Sevilla; hasta que por último se decidió invadir las provincias extremeñas.

Hecha la declaracion de guerra entre Portugal y España, el almirante de Castilla hizo creer al archiduque Carlos de Austria y sus aliados fácil la conquista del reino de España.

La situacion de Portugal no era nada lisonjera al tiempo de romper las hostilidades. El rey D. Pedro, perdida ya la energía de otros tiempos, perdió tambien su popularidad al aliarse con naciones protestantes. No existían provisiones en los almacenes, ni plazas habilitadas para la defensa, ni disciplina en las tropas, ni oficiales instruidos; toda era gente improvisada é inexperta. Disputábase quién habia de mandar el ejército; los portugueses querían fuese uno de su nacion, mientras que la igualdad de grado entre los generales ingleses y holandeses produjo rivalidades entre unos y otros, contribuyendo así á una inaccion que desesperaba al archiduque Carlos. En España, por el contrario, los preparativos de guerra de todas clases eran numerosos. Un cuerpo de doce mil franceses, al mando del duque de Berwick, entró por Bayona en las provincias de Castilla. Unidas estas tropas con las que se habían levantado en la Península, dirigiéronse á la frontera por la provincia de Extremadura.

Resuelto á hacer personalmente la campaña Felipe V, salió de Madrid el 4 de marzo de 1704, dejando el gobierno al cuidado de la Reina.

Detúvose algun tiempo en Plasencia, y desde allí dió un manifiesto expresando los motivos que le obligaban á emprender la guerra. Pasó revista á las tropas, y dando un severo bando prohibiendo el robo, el saqueo y la profanacion de templos y otras disposiciones análogas, dirigióse hacia Salvatierra, plaza portuguesa, que rindió el conde de Aguilar, entregándose su gobernador Diego Fonseca con seiscientos hombres. A decir verdad una gran parte del trabajo que debían hacer las tropas de Felipe V, lo hacían los aliados mismos, de suerte que puede decirse que ellos propios eran sus enemigos.

Nos explicaremos.

Nadie ignora que lo más delicado en los españoles es el sentimiento religioso, y D. Felipe, bien aconsejado, empezó, en el bando que dió en Plasencia, por prohibir severamente la profa-

nacion de templos ú objetos religiosos. Sabía que habia de producir un excelente efecto en el espíritu general, haciendo resaltar doblemente la conducta de sus adversarios.

Protestantes éstos en su mayor parte, y ansiosos de hacer todo el daño posible, desde el momento en que invadieron el territorio extremeño, lo primero que hicieron, sin reparar si chocaban ó no con algun sentimiento del país, fué profanar iglesias y saquear conventos, lo cual volvió contra ellos la opinion pública y las simpatías, si alguna existía en pro de la casa de Austria.

Esta fué la causa de que acosados por las tropas de D. Felipe por una parte, y abandonados de los moradores por otra, tuvieron que retirarse hasta entregarse Salvatierra. Tras ésta siguió la rendicion de las de Segura, Rosmarinhos, Idania y otras varias. Puso alguna más resistencia el castillo de Monsanto, cuya guarnicion fué pasada á cuchillo y la villa entrada á saco, á pesar de la prohibicion de que hemos hablado.

En tanto que el conde de Aguilar obtenia estos triunfos, Francisco Ronquillo, corregidor que habia sido de Madrid y que mandaba un cuerpo volante, ponía en contribucion el país hasta las puertas de Almeida. El principe Tilly, mariscal frances, llegaba á la vista de Arronches, y el marques de Villadarias, con tropas andaluzas, entró saqueando los pueblos hasta Ayamonte.

El brigadier Mahoni rindió tambien á Castello-Branco, á la vista del mismo rey Felipe.

Allí se encontró grande acopio de viveres, armas, vajillas de plata y tiendas destinadas al rey de Portugal, que en aquella plaza pensaba poner su cuartel general.

Atacó el rey Felipe en seguida el puente de Villa-Belha, donde se habia atrincherado el general holandés Fagel, y derrotado éste, penetró Felipe V, sin más oposicion, en la provincia de Alentejo.

Atravesó varios desfiladeros hasta dar vista á Portalegre, que sitió el duque de Berwick.

Rendida la ciudad el 9 de junio de 1704, quedaron prisioneros de guerra mil quinientos portugueses de tropas regulares, las milicias del país y quinientos ingleses, con unos ocho cañones.

El marques de Aitona sitió entre tanto á Castel-Davide, donde pereció, por falta de cebada y forraje, casi todo el cuerpo principal de la caballería española; mas al fin se entregó Castel-Davide. Allí se cogieron treinta piezas de artillería de bronce; sucesivamente fueron apoderándose de Montalvan, Marsan y otros puntos.

Los enemigos, entre tanto, recobraron á Monsanto por culpa de D. Francisco Ronquillo, que huyó precipitadamente con la infantería, que envolvió en su desorden á los demas cuerpos.

Dispuso el rey Felipe antes de regresar á Madrid, segun le instaban los generales, demoler las fortalezas de Portalegre, Castel-Davide y Montalvan, y que se transportara á Alcántara el puente de barcas que se habia formado sobre el Tajo á las inmediaciones de Villa-Belha. Ordenó asimismo que el mariscal duque de Berwick se incorporase con sus tropas á las que operaban en la provincia de La Beyra.

Los aliados, viendo cuán mal iba para ellos la guerra, y que no era tan fácil como el almirante de Castilla les habia hecho ver, lo de sentarse en el trono de España, determinaron hacer tentativas por otra parte, y al efecto enviaron dos escuadras, una de cincuenta buques á Barcelona, y otra de veinte á Andalucía, para sublevar á ambos países.

Iban provistos de proclamas y cartas de gracias «con los nombres en blanco» para entregar en la costa á las personas con quienes ya contaban, para que las distribuyesen. En Andalucía, á pesar de ser el país en que más relaciones tenía el Almirante, ningun fruto dieron tales seducciones.

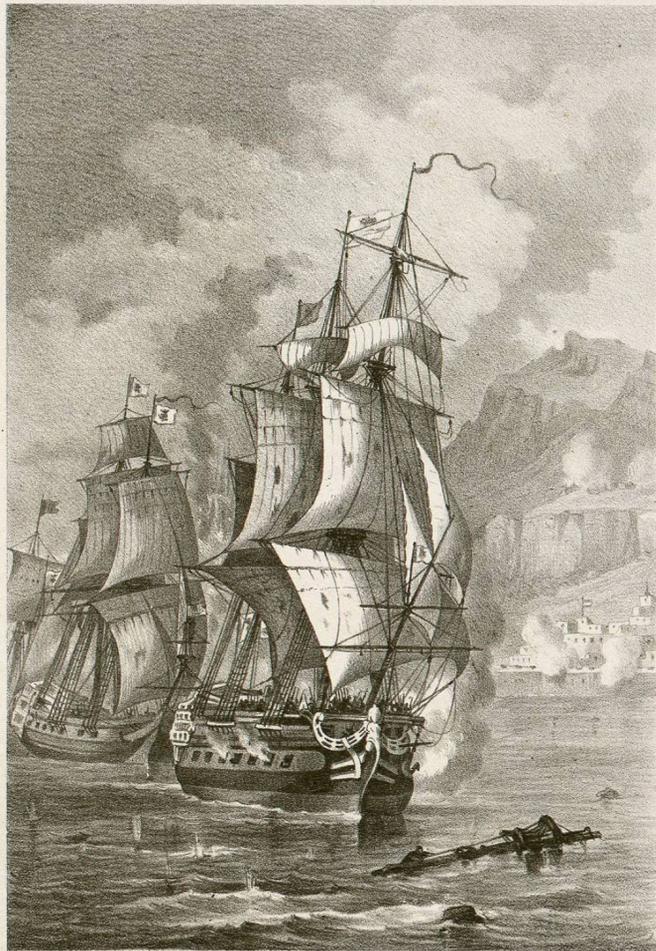
En las provincias del Este de España, principalmente Valencia y Cataluña, obtuvieron mejor resultado. Mandaba la escuadra destinada á Barcelona el austriaco principe de Darmstadt, virey que habia sido de Cataluña en el anterior reinado.

Dispuestos estaban los barceloneses de su partido á abrirle la puerta del Angel, cuando, descubiertos los autores de la trama, tuvo que reembarcarse el de Darmstadt. En vista de la disposicion de los catalanes, se trató de enviar al Principado tropas francesas; pero á causa de la antipatía que á esta gente tenían los naturales, el virey, D. Francisco Velasco, representó al Monarca que no necesitaba más fuerzas que las que ya tenia para mantener tranquila la provincia.

Fatigada la tropa que teniamos en Portugal por la activa campaña habida y los rigurosos calores de la estacion, fueron estas causas que movieron al rey Felipe á suspender la campaña, y á dar al ejército algun descanso, determinando su regreso á Madrid en 1.º de julio de 1704.

En Talavera le esperaba la Reina, y allí disfrutaron de los festos que se le tenían preparados, deteniéndose en la villa dos días.

El 16 de julio entraron en Madrid, donde se solemnizó, con demostraciones del mayor entusiasmo, su regreso; entusiasmo que la Reina supo mantener vivo en el pueblo de Madrid durante la campaña, dando de viva voz, desde los balcones de su palacio, noticias frecuentes de las victorias alcanzadas en Portugal.



J. SERRA, 11.

L.F. VIDAL, Dima 27.

RENDICION DE GIBRALTAR.